

BREVIARIO ODEMA



LOS CUIDADOS MUTUALES



Testimonios, apuntes y reflexiones
para el arte de hacer mutualidad



Mutualidad y felicidad

Azucena Vélez Restrepo

Todos los humanos aspiramos a una vida amable, digna, que nos asegure solución a necesidades básicas y a realizaciones económicas, intelectuales, sociales, artísticas, religiosas. “Felicidad” es la palabra que, en el lenguaje corriente, generaliza estas aspiraciones.

La pandemia ha hecho más evidentes las desigualdades, ha aumentado los conflictos y demandas sociales, ha agregado al deterioro ambiental que está poniendo en riesgo la vida en el planeta. Confluencia de situaciones negativas que llevan a la desesperanza, principalmente a la juventud que ve bloqueadas las oportunidades de realización de sus sueños.

La naturaleza conlleva riesgos de muerte, enfermedades, catástrofes, accidentes, y las ambiciones humanas de expansión y dominación han sido causas permanentes de guerras entre naciones, violencia en el interior

de países y ciudades, desigualdades económicas y sociales. Ante tantas adversidades es válido preguntarnos: ¿Es posible la felicidad? ¿Qué condiciones se requieren para obtenerla?

Soy incapaz de dar respuesta a estas preguntas, solo expreso que la felicidad no es un regalo que se nos viene dado del destino o de las divinidades, es una conquista que debemos lograr con trabajo, ayuda mutua y solidaridad. Lección que siempre ha dado la mutualidad y que evidencí en las asociaciones mutuales de Medellín que, siendo conformadas por personas pobres, a pesar de sus carencias, gozaban, disfrutaban, enfrentaban el sufrimiento inevitable de la muerte y las enfermedades sin perder la esperanza de prosperar. Ejemplo de una práctica callada y silenciosa de mutualidad popular que se ha dado en muchas partes del mundo, pero que poco se ha valorado y difundido. El objetivo es mostrarlo como ejemplo que motive a la sensatez y a la racionalidad para proponer y apoyar soluciones colectivas a las calamidades y conflictos que nos afligen. Hoy muchos pensadores pregonan soluciones que requieren concertación, unión, asociatividad, acuerdo, diálogo, colaboración. Palabras todas que se dirigen a intenciones, estrategias y políticas de ayuda mutua, o sea de mutualidad.

Con frecuencia lamento que las palabras mutualismo o mutualidad poco se mencionen en discursos y en medios de comunicación, pero sí me da satisfacción comprobar, que con esta diversidad de términos, se está convocando a la fraternidad y a la solidaridad. Por ello considero positivo recordar la influencia de la tradición popular mutualista, que a lo largo de la historia, surgió como alternativa de servicios para los más pobres y ha influido innovaciones que hoy nos hacen sentir orgullosos del progreso, como son la democracia, el sindicalismo, la seguridad social y la economía solidaria.

Innovaciones logradas mediante procesos de cambio, muchos violentos, otros culturales y sociales. La mutualidad está inserta en los procesos culturales y sociales, que implican más lentitud quizás, pero que han evitado las atrocidades de la guerra y la violencia. Por la fuerza, pueden ganarse las

guerras e imponerse la dominación, pero la paz y garantizar el derecho a la felicidad solo se alcanzará respetando las libertades y estimulando el compromiso por ideales colectivos, basados en humanismo, fraternidad y progreso con equidad.

Por eso reitero mi admiración por la tradición mutualista que he apoyado con mis investigaciones y como dirigente que fui de este movimiento. No me enseñaron mutualismo ni en el colegio ni en la universidad, lo aprendí de las clases populares de Medellín que, cuando aún no existía ley sobre seguridad social, crearon asociaciones mutuales para proveerse protección exequial y servicios básicos de salud.

La enseñanza no la recibí con textos escritos, sino con actitudes, acciones y expresiones: “porque solos y aislados estamos desprotegidos, unidos y organizados enfrentamos los riesgos de la vida: muerte, enfermedad, desastres, infortunios”. Enunciado que resume realidades e ideales comunes a todos los humanos y que siempre hay que tener presente: que el sufrimiento es parte del vivir; que aunque siempre nos intimide tenemos derecho a una vida amable, digna, protegida; que lograrla requiere hermandad, solidaridad, trabajo en equipo; que la familia es el origen y la motivación primaria para el compromiso con la vida; que la familia nos inculca al amor y la fraternidad, sentimientos que debemos ampliar a la comunidad cercana, a nuestro país y a toda la humanidad.

Me vinculé al mutualismo en los años 80 del siglo pasado. Para la época no había pandemia, pero sí desempleo disfrazado de rebusque (o informalidad, para decirlo con términos técnicos), persistía la violencia y la discriminación, muchos barrios de invasión sin servicios públicos, escasas posibilidades de educación y más penalidades...Sin embargo, admiraba la determinación de asociados y directivos para apoyar la mutual o “la sociedad”, como también se le llamaba. Asistí a varias asambleas de mutuales populares con los asociados parados en un patio, escuchando informes y eligiendo directivos. Personas pobres convencidas de que unirse era la única forma que tenían de ahorrarse la vergüenza de pedir limosna cuando la muerte de un familiar; también aspirar a básicas ayudas médicas u odontológicas.

Se notaba el sentido de igualdad. No se percibía discriminación ni por raza, sexo, religión o política; solo el denominador común de la inminencia del sufrimiento. Era una mutualidad para lo apremiante con mucho sentido de previsión para los riesgos inminentes del vivir, que evocaba la imagen de náufragos que se aferran a una tabla para sobrevivir entre fuertes corrientes de agua. Para la época, escasas esperanzas en el gobierno y en las instituciones de filantropía les inspiraron la decisión de unirse para ayudarse. Otra manera de luchar, pacífica, quizás resignada para los que optan por la violencia, pero valiente, admirable y merecedora de reconocimiento, ya que coloca la compasión, la solidaridad y la equidad como valores supremos de la condición del ser humano.

En la actualidad las mutuales en Colombia se han ampliado a otros servicios, incluyendo el ahorro y el crédito, del cual yo fui impulsora cuando por 30 años gerencé la Mutual Compartir en Medellín. Varios hechos han condicionado la evolución social, legal y administrativa de las tradicionales mutuales: en 1989, mediante el decreto 1480, fue su primer reconocimiento legal; en 1993, la ley 100 de seguridad social estableció sistemas integrales de seguridad social que empezaron a beneficiar a las clases populares; y en agosto del 2021, la Ley 2143 dotó “a las asociaciones mutualistas de identidad, autonomía y vinculación a la economía del país como empresas solidarias”.

Algunas mutuales de barrios populares se extinguieron, otras se consolidaron y han avanzado con nuevas posibilidades en diversidad de servicios. Ha influido el reconocimiento legal, la mayor capacitación de los directivos, y el internet que trajo expansión en las comunicaciones y el consecuente cambio en las aspiraciones sociales.

Con frecuencia la llamada modernidad administrativa lleva a olvidar los ideales que inspiraron la creación de las organizaciones solidarias. Por eso son valiosas las enseñanzas del mutualismo popular que desde el pasado nos repite: “desgracias, desventuras y tragedias se enfrentan con unión, ayuda fraterna y solidaridad”.

Cuando tenemos una pena o necesidad agradecemos las manifestaciones de solidaridad. Lo vivimos cuando, en las honras fúnebres de un ser querido, nos consuela la compañía de familiares y amigos con sus expresiones de afecto y amistad. Y, además, agradecemos el apoyo monetario o de servicios que se reciben del grupo o comunidad organizada a la cual se pertenece.

Mutualidad no significa renunciar a demandar del gobierno servicios esenciales como seguridad, educación, infraestructura y otros. Sin embargo, la mutualidad impide caer en el conformismo de esperar soluciones gubernamentales o de la filantropía que, si bien son necesarias y valiosas, no deben anular la disposición de luchar por nuestro propio mejoramiento. La mutualidad enuncia en su accionar cotidiano: “Ayudar para que me ayuden”, o sea, participar en empresas mutualistas para adquirir el derecho a recibir sus servicios cuando se requiera.

Mirando el pasado todas las actividades e invenciones humanas confluyen en el propósito de lograr felicidad: Desde disminuir el esfuerzo requerido para trabajar por la subsistencia inventando utensilios y máquinas; prevenir accidentes desarrollando sentido de la previsión; curar enfermedades impulsando la medicina y los cuidados en salud; expandir el dominio del espacio mediante movilidad con diferentes medios de transporte; conseguir seguridad y convivencia creando organizaciones económicas, sociales y políticas; romper la monotonía de lo cotidiano con música, baile, deporte, pintura, poesía y arte en general; hacer historia mediante la escritura y los libros para conservar la memoria de hechos pasados y transmitir la cultura; darle sentido y explicación a la existencia a través de religiones, creencias, mitos. Siempre prima el anhelo de mejorar los ambientes y las condiciones del vivir en todos los aspectos: material, social, político, intelectual, artístico, religioso, afectivo.

Cambiar, mejorar e innovar han sido los objetivos de lo que llamamos *progreso* y que los humanos iniciamos cuando abandonamos la vida nómada, nos asentamos en villas y ciudades, nos organizamos como tribus, pueblos o naciones, establecimos comunicaciones rápidas en todos los lugares del planeta tierra intentando dominar el espacio. Ahora bien, hay que admitir

que ha sido un progreso desenfrenado en el abuso de los recursos naturales con conductas insolidarias de guerras, violencia, dominación, acumulación, ostentación. Y hoy nuestro planeta está diciendo: “¡Basta! No puedo soportar tanta basura y humanos tan irracionales que cifran la felicidad en consumir, ostentar y botar”.

Nos hemos comportado mal. Necesitamos rectificar y reparar. Y, para ello, es preciso cualificar nuestra condición humana ampliando compasión, responsabilidad y solidaridad, hasta llegar a sentir “que no podemos ser felices sino son felices los demás”. Y todos tenemos que hacerlo, aunque unos hayan sido más culpables en los daños causados, porque los problemas nos afectan a todos y las soluciones tienen que ser colectivas. Se precisa entonces crear una mutualidad universal que tenga como objetivo garantizar una vida amable para todos.

Gracias a los adelantos en las comunicaciones hoy existe amplia información sobre los efectos causados por la pandemia y son muchas las demandas a los gobiernos para que ofrezcan soluciones. Son muchas las voces que hablan de *resiliencia*, o sea, fortaleza frente a las dificultades: esfuerzo personal, unión de las familias, las comunidades, las naciones y el mundo entero. Es decir, *resiliencia* colectiva que traduce mutualidad: abandonar el individualismo y entender el enorme desafío de verificar que la vida en el planeta está en riesgo y, por lógica, los seres humanos también. En lo ambiental tenemos obligación con la naturaleza, cuidar el agua, proteger la fauna y la flora, reciclar y no arrojar basuras ni a los ríos ni en el mar. En lo político y social, cuidar y aumentar los bienes públicos y comunitarios, obligación que implica honestidad e idoneidad en los gobernantes y administradores, cultura del cuidado y respeto entre los ciudadanos.

“Aunque la cosecha sea mala, hay que seguir sembrando” frase que escuché de Nairo Quintana, famoso ciclista colombiano. La guerra y la violencia no cesan, la pandemia ha dejado mucho dolor, la pobreza se ha ampliado y el deterioro ambiental es crítico. El derecho a la felicidad está en riesgo, estamos obligados a recurrir a nuestra fuerza espiritual e intelectual para seguir sembrando solidaridad, compasión, ayuda

mutua, ya que son herramientas efectivas para levantar la esperanza y el compromiso en las soluciones colectivas. Para “seguir sembrando” es preciso incluir en el proceso educativo de niños y jóvenes lecciones sobre la historia, la doctrina y los valores que fundamentan la esencia de las organizaciones solidarias como: mutuales, cooperativas, fondos de empleados, asociaciones, colectivos, etc.

Por eso he considerado útil mostrar la experiencia popular mutualista que, sin los avances de las tecnologías modernas, también enfrentando situaciones negativas, unió comunidades afirmándoles el derecho y el deber de trabajar para hacer amable la existencia, no en espera pasiva, sino participando en proyectos de mejoramiento colectivo. Hoy, ante el incremento de los recursos tecnológicos, existen mejores condiciones para expandir la mutualidad.

Ese es mi anhelo.